

Sara ... La Princesa que Rió

Sara es una de las mujeres más destacadas de la Biblia y, a pesar de que generalmente no es reconocida como tal, constituye uno de los personajes más notables de la historia humana. Esposa de Abraham y madre de la nación hebrea, por cuya simiente hubo de ser bendecidas todas las naciones de la tierra, ocupa un lugar honroso en la lista de los progenitores del Mesías.

Comenzó su vida en Ur, ciudad próspera de Baja Babilonia, a orillas del río Eufrates, que posteriormente se conocía como Ur de los Caldeos. Las recientes investigaciones arqueológicas practicadas en este lugar revelan que en este tiempo sus habitantes habían alcanzado ya un elevado nivel de cultura: que eran politeístas y que practicaban sacrificios humanos; que la caligrafía, inventada con mucha anterioridad a Abraham, estaba bien difundida, y que la ciudad ostentaba magníficos templos, lujosos palacios y obras de ingeniería que incluían un sistema municipal de desagüe.

1. Su fe y valor.

En este lugar, Abraham recibió su llamamiento divino: el de abandonar la comodidad de la vida urbana en busca de una tierra que Dios le había de mostrar (Génesis 12 : 1-3). Para hacer este gran sacrificio, poco se imaginaban los esposos, y mucho menos sus contemporáneos, que el futuro progreso moral y religioso del mundo dependería, humanamente hablando, de este acto de obediencia.

Para una mujer mundana, habría sido un castigo insoportable dejar su tierra, su parentela y sus amigos, para dirigirse a un país completamente desconocido. Sara, sin embargo, no presentó objeción alguna, antes bien, corvó en esta ocasión, acompañó a su esposo a dondequiera que Dios lo guiara. Con gran valentía, sacrificó su propia conveniencia, rompió los vínculos familiares, se despidió de su patria y se embarcó en la gran aventura hacia la tierra de Promisión, de la cual, en su vida, no iba a ser dueña ni siquiera de un metro cuadrado.

Tras de penoso viaje llegaron a Canaán donde, en medio de los humeantes altares paganos y los crueles ritos de sus dioses falsos, la familia patriarcal dió un ejemplo de la sencillez y pureza de la verdadera adoración. En este ambiente, la fe de ambos fue confirmada por nuevas pro-mesas divinas, siendo fortalecida, como en Siquem y Betel, por su identificación pública con el culto de Jehová. En esto, dieron un valioso ejemplo no solamente a su posteridad según la carne, sino a todo Israel de Dios, según el espíritu.

2. Su engaño y humillación.

Su arribo a Canaán no puso fin a sus dificultades, pues, no pasó mucho tiempo en que se produjo una gran hambruna, la cual motivó el traslado de Abraham y Sara a Egipto en busca de pan. Hubiera sido mejor buscar la voluntad divina en ésta, como en todas las circunstancias de la vida pero tal cosa no se realizó. La sequía, como las demás pruebas que tenemos que soportar, no limita ni anula las promesas divinas, ni justifica nuestro apartamiento del lugar donde Dios nos ha colocado y quiere que permanezcamos. Sin buscar la dirección divina, y guiados solamente por la prudencia humana, se alejaron los dos del lugar adonde Dios les había llevado, para quedarse por una temporada en Egipto. Se salvaron de una dificultad para encontrarse de repente con otra peor. Tuvieron, que comprender que el raciocinio humano, cuando no concuerda con la revelación divina, conduce indefectiblemente a la confusión.

La presencia en Egipto de una mujer tan hermosa como Sara produjo una reacción inmediata en los círculos sociales, de manera que, dentro de brevísimo tiempo, los comentarios al respecto habían alcanzado a oídos del Mismo rey, quien pensó inmediatamente agregarla a su harén. Abraham había previsto esta posibilidad y, temeroso de que la extraordinaria belleza de su esposa hiciera peligrar su vida, se puso de acuerdo con ella para ocultar su relación conyugal haciéndose pasar por hermanos, puesto que en verdad eran hermanos por uno de sus progenitores. La relación que se profesaban era cierta aunque su intención para darlo a conocer fue de ocultar la verdad. Esta artimaña, humanamente hablando, bien hubiera eliminado la esposa de Abraham del alto destino que para ella había proyectado Dios, pues, creyendo el testimonio de Sara, el Faraón la hizo pasar a su palacio con el fin de iniciar los preparativos para las nupcias reales. En esta crisis, Dios, en su gran misericordia, se interpuso. Terribles plagas cayeron sobre los egipcios y en todo les iba mal. Notando la coincidencia de estos desastres con el tiempo de la llegada a su palacio de Sara, el rey comprendió la causa del mal. Llamó a Abraham, le reprendió severamente por su engaño, le devolvió su mujer, Sara, y ordenó su inmediata expulsión del país. Humillados ante los egipcios y avergonzados hondamente por haber traído deshonra sobre el nombre de Dios, se retiraron confusos. Su estadía en Egipto había sido desdichada de principio a fin. Allí, no erigieron ningún altar ni dieron evidencia alguna de su comunión con el Altísimo. La conveniencia del momento les había separado de la Fuente de la Vida.

¡Cuán fácil es caer en este error! ¡Qué Dios nos ayude a aprender la lección de que es mejor hacer lo justo delante del Señor y dejar las consecuencias con El que ha prometido: "No te dejaré ni te desampararé" (Josué 1 : 5).

Compungidos de corazón, los esposos volvieron sobre sus pasos hasta Betel, donde erigieron un altar, renovando de esta manera su comunión con el Eterno, siendo confortados y fortalecidos por su gracia.

Nos sorprende que Sara, a insinuación de su esposo, re-incidiera más tarde en este mismo error. Los años trataron con bondad a esta sierva de Dios, pues en el devenir de los tiempos no marchitó su belleza ni disminuyó sus encantos femeninos. En esta ocasión Abimelec, rey de Gerar, fue la víctima de la simulación pero, avisado divinamente de la realidad del caso, expulsó de su país a Sara y su esposo con la misma energía con que lo hizo anteriormente el egipcio, Faraón.

Las tristes consecuencias del engaño, les enseñaron al fin y al cabo que la mentira no tiene lugar alguno en la defensa y protección de los que aman a Dios y son llamados conforme a sus propósitos.

3. Su presunción y sus consecuencias.

Dios había prometido a Abraham que tendrían un hijo en cuya simiente serían bendecidos todos los pueblos de la tierra y cuyos descendientes serían como las estrellas del cielo y las arenas del mar. Los años, no obstante, pasaban y la vejez se acentuaba sin que hiciera su aparición el tan anhelado heredero. Dos cosas se destacan en la mente de Sara: por un lado, la promesa explícita del Señor, por otro, su evidente esterilidad. Había que hacer algo para salir del impase, el cual tenía una sola solución. Daría a su esposo su sierva, Agar, por mujer en la esperanza de que ella le diese un heredero, y esto es efectivamente lo que hizo. Las consecuencias de este proceder fueron tan tristes como las de su disimulo en Egipto y Gerar. Si sólo hubiera esperado el cumplimiento de la promesa a su debido tiempo, ¡Cuánto dolor y angustia se habría ahorrado!

El hecho de que Dios no hubiera mencionado en forma explícita el nombre de Sara en relación con su promesa a Abraham, y la costumbre de la época que

permitía la introducción en el hogar de una segunda esposa debido a la falta de descendencia de la primera, apenas justificó su proceder de dar a Agar a su esposo por mujer, puesto que Dios no había hecho mención alguna de ésta.

¡Cuán tristes son las consecuencias de la imprudencia! Dios perdona el pecado y restaura el alma arrepentida, pero no le libra de la triste cosecha de su mala siembra. Sara pagó cara su presunción. Demasiado pronto se dio cuenta de los resultados funestos de recurrir a medios humanos para hacer efectivas las promesas divinas. La humilde Agar, honrada como la madre del hijo de su amo, que ella se imaginaba sería el hijo de la promesa, comenzó a darse aires de grandeza y a menospreciar a su patrona. Sara, no pudiendo permitir esta clase de insolencia de parte de su sierva, tuvo que recurrir a medios disciplinarios tan severos que la esclava fugó del hogar y se refugió en el desierto.

No faltan quienes critican a Sara duramente por esta actitud, tildándola de déspota, petulante y cruel. Pero éstos se olvidan que Sara había instigado la promoción de Agar precisamente para subsanar las inconveniencias de su esterilidad y que el remedio que había ideado, hizo aun más insoportable que nunca la afrenta de no tener familia, a raíz de los constantes y repetidos reproches de aquella a quien había favorecido tanto. Lo que merece sanción no es la disciplina que Sara se vió obligada a emplear sino la arrogancia y desdén con que Agar recompensó la bondad de su patrona.

La lección que la esclava no pudo aprender en la casa, la tuvo que hacer en el desierto. Errante por el des-poblado de Beerseba, presenta un cuadro conmovedor. Desamparada de sus amos, es amparada por el ángel quien le ordena que vuelva al hogar de su patrona para someterse a su disciplina y autoridad.

La nobleza de carácter de Sara se pone de manifiesto al volver a casa la ingrata Agar; la perdonó y la recibió en paz. Poco después nació Ismael, padre de la raza árabe y progenitor del islamismo, que por tantos siglos ha combatido y sigue combatiendo al cristianismo, impidiendo su avance en Africa y en el Oriente.

4. Su risa y regocijo.

Transcurridos algunos años, Dios apareció a Abraham y en forma explícita le anunció que Sara misma sería la madre del hijo de la promesa (Gén. 17: 1-10). Es digno de notar el valor de esta promesa para Sara, y la manera en que se le ratificó mediante el cambio de su nombre. Antes su nombre era Saraí (mi princesa); Dios lo cambió en Sara (princesa), pues sería madre de reyes y pueblos. Textualmente la promesa relativa a Sara reza: "A Sara tu mujer no la llamarás más Saraí, mas Sara será su nombre, y bendecirle he y también te daré de ella hijo: sí, la bendeciré y vendrá a ser madre de naciones, reyes y pueblos serán de ella" (Gén. 17 : 15-16).

Lo que le provocó hilaridad fue la promesa tan poco probable de realización. Sentada en su tienda, escuchó este extraordinario anuncio. Resignada ya a no tener familia, le pareció tan contrario al curso de la naturaleza que prorrumpió en una explosión de risa. Le pareció demasiado maravilloso para que esto se realizara. Sin embargo, a su debido tiempo y pese a su falta de fe, se cumplió la pro-mesa y le nació su hijo. Después de este magno acontecimiento Sara nunca más dudó del poder de Dios para hacer lo imposible.

El nacimiento de este hijo que trajo un gozo indecibles a la madre dió lugar a mucha mortificación a la par que desilusión de parte de la fregona egipcia, pues de un golpe fue rebajada en categoría su hijo y fueron frustradas sus esperanzas de ser el heredero exclusivo del Patriarca. Nuevamente se vio viciado el ambiente del hogar por los celos y la envidia.

Las cosas llegaron a su climax con ocasión de la fiesta del destete de Isaac en que Agar e Ismael abiertamente se burlaron del niño heredero. Justamente enfurecida por esta insolencia, Sara ordenó su inmediata expulsión del hogar con las palabras que han venido a ser famosas: "Echa a esta sierva y a su hijo; que el

hijo de esta sierva no ha de heredar con mi hijo, con Isaac" (Génesis 21 : 10). Salió Agar esta vez para no volver jamás.

Hay algo noble e inspirador en la vida de esta abnegada mujer. Desde el comienzo de su vida matrimonial con el insigne Patriarca, tuvo que soportar prueba tras prueba pero nunca vaciló ni registró la menor protesta. Su renuncia de la comodidad de la vida urbana para acompañar a Abraham en sus peregrinaciones significó una renuncia de una vez para siempre. A primera vista parece eclipsada Sara a la sombra de su distinguido marido pero cuando leemos con más detenimiento su historia y se acostumbra nuestra vista a la lumbre que envuelve al "Padre de todos los creyentes", distinguimos en ese marco de luz a dos personas unidas en los más estrechos lazos conyugales, de una misma fe, una misma esperanza y un mismo propósito. Le respaldaba a su marido en todo hasta el fin, de manera que, cuando llegó el triste día de su desenlace fatal, el alma del gran Patriarca se sintió completamente destrozada.

Murió Sara sin poseer ni siquiera un palmo de terreno en el país de su adopción, pero nunca desfalleció su fe en el cumplimiento de la Promesa. En presencia del cuerpo inerte de su ser amado. Abraham sondeo las profundidades del dolor al cual dió expresión vocal en sus palabras a los hijos de Heth, al negociar con ellos la compra de un lugar de sepultura: "¡Extranjero y advenedizo soy yo entre vosotros!". Con Sara, no se sentía aislado en esa gran soledad espiritual; sin ella, estaba solitario de veras. Su robusta personalidad, su eficiencia, su comprensión cuando nadie más comprendía, su disposición para compartir con él todos los sacrificios y pruebas de una vida de fe, su energía con que mantenía la disciplina en el hogar cuando se evidenciaba que ya no surtía efecto el apaciguamiento, todas estas cualidades la hicieron la esposa idónea de un marido con quien comparte un lugar ilustre en la galería de los héroes de la fe.

"Por fe también, la misma Sara recibió fuerza para concebir simiente; y dió a luz, aun fuera del tiempo de la edad, porque creyó ser fiel El que lo había prometido"